

EL POETA Y SU CIRCUNSTANCIA

por Emir Rodríguez Monegal

El género epistolar requiere ciertas condiciones, que no siempre se dan en los grandes escritores: una soltura de estilo, una entrega a lo efímero, una capacidad de desnudarse ante cada distinto interlocutor, una sabiduría para conversar por escrito. Por eso muchas cartas de escritores famosos resultan ávidas y sólo interesan por las perspectivas que abren sobre su vida y su obra. Son, en realidad, documentos para el biógrafo o el crítico. En cambio otros (Byron, Flaubert, Quiroga en sus últimos años) tienen una notable facilidad para darse literariamente, humanamente, en sus cartas. El caso de Byron es tal vez el más notable porque sus cartas son casi más importantes que los hoy ilegibles poemas románticos que le dieron tanta fama. De su obra más o menos presuntuosa sobreviven hoy mejor las cartas que "Childe Harold, y sólo el "Don Juan", caprichoso y libre en su impetu satírico certifica todavía el poder de su imaginación creadora.

Por eso, muchas veces las recopilaciones de cartas de grandes escritores suelen

LA VERDADERA VOZ DEL HOMBRE

Pero pasado este escollo, qué diferencia. El encuentro con Zenobia Camprubí (que se convertirá en su mujer), el viaje a los Estados Unidos, el contacto con la realidad de otro mundo, nuevo mundo, alteran hasta tal punto a Jiménez que las cartas empiezan a vivir y a hablar. Antes, sólo cuando escribía a la madre y al hermano Eustaquio, era capaz Juan Ramón de deponer melindres exquisitos, temores fantasmales, sospechas y visiones. Sólo en las cartas a la familia se encuentra un acento escrito que responde a la verdadera voz del hombre. Pero a partir de Zenobia, todo cambia. El hombre, el poeta, el escritor de las cartas, encuentra una manera de decir y sentir que llega directamente al corazón de las cosas.

Cuántas observaciones admirables contienen estas cartas, cuánta visión crítica aguda, cuánta observación invalorable para la biografía y la poesía. En buena parte, son cartas de escritor, llenas de asuntos literarios, de pequeños y grandes escándalos de la España de los años 20 y 30. Todo un panorama literario surge de las cartas que escribe Juan Ramón y que tienen como corresponsales a Antonio Machado y a Miguel de Unamuno, a Valle Inclán (con qué franqueza le da su opinión) y a Rubén Darío, a Jorge Guillén y a Federico García Lorca, a Alfonso Reyes y a Ramón Gómez de la Serna. En casi todos los casos, Jiménez encuentra el tono exacto para decir lo que quiere. Aunque muchas veces lo que quiere decir sea tremendo.

LAS CICATRICES DE LA VANIDAD

España pasaba en esos años anteriores a la guerra civil por un verdadero Renacimiento poético. Además de los grandes de la generación del 98, estaban los poetas inmediatos (de los que Jiménez era el más innovador, el más inquieto, el más mudable) y una segunda generación más joven que tenía a Lorca, Alberti

y Guillén como capitanes. Incluso asoma en las cartas de ese período una suerte de tercera generación.

Tantos poetas no podían convivir sin escándalo en la relativamente pequeña vida literaria española. Y lo que la mayoría de las cartas de Jiménez reflejan en esa época es el escándalo: peleas por una colaboración más o menos, por un chisme traído o llevado, por el orden en que se publican las poesías en una revista hoy olvidada. Pero peleas en que estalla la vanidad y que dejan hondísimas cicatrices.

Jiménez vivía aislado, frecuentaba poco o nada, se negaba a asistir a las penas y a los homenajes. Era poeta de acostarse temprano y levantarse temprano, odiaba la jarana, la bebida, el cigarrillo, el chismorrotear perpetuo. Su aislamiento llegaba hasta el extremo de no querer adherir a ninguna causa política. Así como de joven se niega a firmar un manifiesto político que le trae Ortega y Gasset en plena época monárquica, también se negará más tarde a ceder a la creciente politización de la poesía española. Un hombre así tenía que ser blanco de toda clase de bromas, desde el retruécano barato hasta la injuria calculada.

En las cartas quedan ecos de estos escándalos en que intervino hasta Pablo Neruda. (aunque el ajuste de cuentas que hace J. R. Jiménez a Neruda, está en otro lado: en *Espanoles de tres mundos*). Lo que las cartas ofrecen es un lado de la moneda. A través de esta imagen parcial, Pedro Salinas emerge como el archi-intrigante y Jorge Guillén como su más activo acólito. Tal vez Salinas podría contar otra historia, como ya la ha contado José Bergamín que tampoco sale muy bien parado de estas cartas. El ambiente era tenso y se prestaba a injusticias de todas partes. Leer las cartas es descubrir la pequeña crónica satírica de una gran hora de la poesía española. Como en la época de Lope, Cervantes, Quevedo, Ruiz de Alarcón, los grandes de entonces también eran capaces de incurrir en pequeñeces.

ser mediocres y hasta obvias. Para un D. H. Lawrence que sabe decir y vivir, cuántos que se limitan a registrar lo obvio, o a posar insufriblemente para la posteridad, o aburrir con las minucias de lo cotidiano. De ahí que con bastante temor empecé a leer las "Cartas" de Juan Ramón Jiménez que en una primera selección a cargo de Francisco Garfias han publicado las ediciones Aguilar, de Madrid (1962, 464 pp.). El primer grupo de cartas que abre el libro me hizo temer lo peor. Son cartas neuróticas, escritas en los años en que Juan Ramón Jiménez vivía entrando y saliendo del sanatorio, en que no se animaba a dormir si no tenía un médico de toda confianza cerca, en que su pobre corazón le estaba dando sustos. Un temperamento nervioso, susceptible, irritabilísimo, contribuía más al sufrimiento físico, en buena parte imaginario. Todas las cartas de ese período están teñidas en una insoportable vanidad de enfermo. No vanidad de poeta, sino vanidad de quien vive auscultándose a sí mismo y que confunde el golpeteo de su corazón con la ancha respiración del mundo.

Pero no sólo el valor de escándalo sostiene este epistolario. En él se pronuncia Jiménez con su perspicacia crítica sobre toda clase de temas: desde el españolismo de España (contra el castillismo que sostienen algunos) hasta la poesía de Bécquer, desde la lebatida cuestión del Modernismo hasta la actitud profunda de los hombres del 98, desde el paisaje de Moguer (visto en la nostalgia del exilio norteamericano) hasta las más vívidas descripciones de Coral Gables, en la Florida. No es necesario ser un admirador de Juan Ramón Jiménez para encontrar en este libro el más deleitoso alimento.

Una selección como ésta tiene muchos riesgos. En buena parte se basa no en las cartas realmente enviadas (muchas se han perdido) sino en borradores o copias que conservaba Jiménez. Por que Jiménez escribía más cartas de las que mandaba. Así hace un par de años me encontré en un libro suyo (también publicado por Aguilar) una carta que me había escrito allá por 1950, desde Estados Unidos, y que yo nunca recibí. Me imagino que muchos corresponsales de esta selección podrán decir lo mismo. Pero completas o fragmentarias, borradores u originales, casi todas estas cartas tienen un interés que trasciende su forma. Sólo cabe esperar que se publiquen más selecciones y que se vaya preparando, poco a poco, una edición completa y convenientemente anotada (ésta carece de toda anotación) del epistolario de Juan Ramón Jiménez. Es una verdadera mina poética. E. R. M.